

lo deben juzgar los lectores. Ambas piezas cuentan con notas explicativas que suelen contener aclaraciones de alusiones míticas o del texto en general, y en el caso de Medea, también de las lecturas preferidas en la edición.

El hecho de que se trate de una edición bilingüe la hace especialmente recomendable a todos aquellos que deseen un mayor acercamiento al texto original. Es una pena que algunas erratas sin mayor trascendencia se hayan deslizado en el texto y que señalamos para su corrección en ulteriores reediciones: p. 7 *exclavitud*; p. 42 *despositan*; p. LXX *tagedia*. Asimismo, en la p. 29 está repetido el número 35 de la nota en el texto, que corresponde a la nota 36 de la página siguiente.

El presente volumen constituye, sin embargo, una muestra del buen hacer filológico, ya demostrado en muchas otras ocasiones, de ambos traductores, y del nivel que la colección en que se inserta ha alcanzado en nuestro país.

ROSA PEDRERO

FERRI COLL JOSÉ MARÍA : *Las ciudades cantadas. El tema de las ruinas en la poesía española del Siglo de Oro*, Alicante, Universidad de Alicante, 1995, 180 pp.

Desde que Emilio Orozco publicó en su clásico estudio *Temas*

*del Barroco* (1947) el trabajo «Ruinas y jardines» (recogiendo las sugerentes teorías de Simmel), y abordó en sus trabajos posteriores la relación entre poesía y pintura, la crítica ha seguido ahondando en las fascinantes relaciones que ofrece el mundo de la pintura y de la poesía barrocas. Tanto desde la perspectiva del arte (se puede citar como pionero de este enfoque el libro de Julián Gállego *Visión y símbolos de la pintura española del Siglo de Oro*, de 1972) como de la literatura, la nómina de estudiosos ha ido aumentando a medida que las nuevas investigaciones han ido poniendo de relieve el interés de estas conexiones artísticas. Centrándonos en el estudio de las ruinas (y dejando aparte los trabajos monográficos sobre autores que han destacado por su aportación concreta, como Rodrigo Caro, Herrera, Arguijo y Cetina, entre otros), no se pueden silenciar los nombres de J. Lara Garrido, B. López Bueno, Cabello Porras y S.B. Vranich, fundamentalmente, además del autor del libro que nos ocupa, J.M. Ferri Coll, de quien ya han aparecido varios trabajos sobre el tema siendo uno de ellos, *El esplendor de las ruinas en la poesía española (1580-1650). Génesis y cristalización de un motivo literario* (1994) el esbozo previo de este libro actual como afirma su autor.

Se puede decir que el tema resulta de gran actualidad en estas fechas como se desprende de la pro-

gramación de las conferencias que bajo el título *Ruinas y poesía* (El ejemplo de Itálica) están anunciadas para el mes de marzo en la Fundación March, a cargo de Jacobo Cortines («El descubrimiento de las ruinas», «Ruinas y Amor en el Renacimiento», «Las ruinas, fábula del tiempo» y «Las nuevas miradas»). En realidad el título de este libro de Ferri Coll alude claramente a su contenido: una parte importante del mismo se centra en el análisis de las ruinas de las grandes ciudades, sobre todo de Roma y Cartago, para dar paso después a una poetización de las ruinas nacionales (Cartago, Itálica y Tartesos) hasta agotarse en derivaciones posteriores. Es evidente que el tema de las ruinas, aunque surge en la Roma antigua ligado a los avatares de la Fortuna, forma parte esencial del espíritu humanista del Renacimiento en su preocupación por desentrañar la arqueología y recuperar el esplendor del pasado por lo que desde Petrarca (y también desde Boccaccio aunque no aparezca aquí citado) se abre una reflexión sobre los restos antiguos. Sin embargo, desde el modelo inicial de Giano Vitale, «De Roma» todo el siglo XVI contempla una multiplicación del modelo en las literaturas nacionales y el motivo se utiliza para expresar los temas de mayor interés y calado lírico en todo el Siglo de Oro, desde el amor o el *carpe diem* renacentista hasta el tiempo, la inanidad de la vida, la muerte y la oposición Natura-

leza y Arte en el marco de un desengañado barroco. Por tanto, no sólo es el tema de las ruinas lo estudiado aquí sino también el motivo o soporte para otros que se van configurando a partir de las ciudades cantadas (ver apartado correspondiente en p. 64) y cuyo alcance se puede resumir en ruinas de la Historia, del Arte, de la Naturaleza y del propio ser humano. La pretensión de su autor, «describir la trayectoria de un tópico dentro de la poesía áurea» a partir de unos límites cronológicos precisos (1580-1650) está justificada por su contenido. Sin embargo, y aunque es evidente la línea discursiva del estudio se observa un ritmo desigual en el tratamiento del tema. Mientras que los primeros autores, desde Herrera a Rodrigo Caro, son estudiados desde su proyección histórica por ser en quienes se consolida la formación del *topos*, Quevedo tiene una representación mínima (centrada en sus poemas sobre Roma) y Lope en cambio, representa la multiplicidad de facetas en que se disuelve el tema. Este desequilibrio aparente (sería impensable realizar una reflexión total de todos los poetas de esas fechas) tiene la ventaja de mostrarnos la doble actitud ante un texto, inmanentista e histórica, que procede de una fuente común.

En la estructuración del trabajo se puede diferenciar una doble organización basada siempre en un orden cronológico que tiene en cuenta las funciones del *topos* y la fascinación

personal de cada autor con su peculiar modo de expresión que lo separa del resto y abre paso a una nueva experiencia poética individualizadora. Paralelamente, el autor acompaña en abundantes y precisas notas a pie de página el punto de vista de la crítica en relación con sus afirmaciones y recoge diferentes perspectivas, muchas veces enfrentadas, como las de Fucilla y Vranich acerca de la mayor o menor importancia de los grupos poéticos o de las posturas personales para valorar el tema (nota 170, p. 75), o las de Vranich y Lara Garrido (sobre todo en la nota 184, p. 79) en relación con la progresiva españolización de los motivos. Nos ofrece así un panorama muy amplio tanto de los poetas estudiados (Castiglione, Garcilaso, Cetina, Herrera, Caro, Quevedo y Lope) como de los que se sitúan en su entorno más cercano y sobre todo nos aproxima a una muy controvertida crítica que se afana en muchas ocasiones en perseguir un tema o motivo con un excesivo rigor historicista, crítico o reflexivo. En este sentido, la metodología de Ferri Coll constituye un acierto más. Después de pasar revista a los avances críticos conseguidos por las distintas metodologías (sin menospreciar o marginar ninguna) propone una visión equilibrada entre las diferentes perspectivas para estudiar «la estética de la *imitatio* y no el hecho de la misma, que forma parte de la concepción que de la literatura tienen los hombres de la época». A partir del

éxito de ciertos autores ante un determinado tema y de la profundización en el análisis estilístico indaga en la originalidad de cada nuevo poema y de este modo el crítico nos ofrece un panorama vivo al conjugar hábilmente la evolución del *topos* con su diferenciación, enriquecimiento y transformación a lo largo de casi un siglo de poesía.

Por último, el estudio resulta de una gran utilidad por cuanto es una completa síntesis que reúne las aportaciones más interesantes sobre el tema, además de ser un trabajo de lectura muy agradable que permite un acercamiento crítico y profundo, a la vez que ameno, a uno de los motivos que más huella han dejado en nuestra literatura en todas las épocas. Recordemos de paso que no sólo la presencia de las ruinas recorre un largo camino en el siglo XX desde la Generación del 27 como afirma su autor sino desde el Modernismo y concretamente desde Unamuno quien revive las ruinas más barrocas actualizando incluso la poesía de Quevedo. Desde luego, el estudioso no se va a encontrar con un trabajo completo (no es labor de una sola persona) pero sí con una ayuda importante para penetrar en otros estudios parciales y obtener con la suma de todos ellos una reflexión más amplia y profunda de la trascendencia de la representación artística de las ruinas.

ANA SUÁREZ